



Recensión de S. Loiseau, De l'écoute à la parole.

Review of S. Loiseau, De l'écoute à la parole.

A propósito de: Stéphane Loiseau (2017) De l'écoute à la parole, La lecture biblique dans la doctrine sacrée selon Thomas d'Aquin, Préface de Ruedi Imbach, Paris, Les éditions du Cerf, 393 págs.

En los últimos años, los estudios tomistas se han caracterizado, entre otras cosas, por rescatar y aprovechar la figura de Tomás como magister in sacra pagina. El creciente interés por esta dimensión esencial de la vida del maestro de Aquino ha dado origen al tomismo bíblico, que goza de una notable expansión en nuestros días. El trabajo de Loiseau podría inscribirse cómodamente en este movimiento, pues intenta mostrar que el modelo interpretativo que va “de la escucha a la palabra” explica la teoría y la práctica de la lectura bíblica de Tomás. La formulación de este objetivo, que busca ser un aporte a la historia de los métodos universitarios del siglo XIII, parte del lugar fundamental que la lectura tiene en el pensamiento del Aquinate. En efecto, la noción de sagrada doctrina como ciencia subalternada a la sabiduría divina atribuye a la lectio el privilegio de favorecer una cierta participación en la ciencia de Dios, la cual permite posteriormente confeccionar argumentos válidos en la transmisión de esa doctrina. No basta, por tanto, la dialéctica de significante y significado para que la lectura alcance dicha participación, sino que es necesaria una relación activa con el autor del texto, considerado como un locutor vivo que se dirige al lector en su propio presente. Por eso leer la Biblia es “escuchar para hablar”. La escucha de la palabra de Dios se completa en la palabra del lector, cuyo fruto es el comentario bíblico. El comentario constituye, no un añadido extrínseco al texto bíblico, sino una prolongación homogénea de la palabra de Dios, que repercute en la enseñanza y la predicación. Esta es, en definitiva, la tesis sostenida por Loiseau.

La monografía, que reproduce con algunas modificaciones la investigación doctoral del autor, realizada bajo la dirección de Ruedi Imbach y Gilles Berceville, y defendida en París en 2015, consta de dos partes. La primera se titula “Tomás de Aquino lector bíblico” (pp. 27-124) y contiene tres capítulos que analizan las características de la lectura universitaria de la Biblia llevada a cabo por Tomás, la relación entre la lectura bíblica y la transmisión de la sagrada doctrina, y la forma en que el comentario bíblico

prolonga el texto de la Escritura. De esta manera, Loiseau pone de manifiesto lo que la lectura bíblica significa para el Aquinate desde sus propios textos. La segunda parte, “Tomás de Aquino lector bíblico: la lectura de Juan 4” (pp. 125-263), cuenta también con tres capítulos que verifican las conclusiones teóricas de la sección precedente en la práctica concreta de la lectura bíblica de Tomás. El autor escoge para este fin el comentario tomista de Juan 4. La conclusión general (pp. 265-274), resume los logros alcanzados y sugiere extender el binomio de la escucha y la palabra como modelo descriptivo de otras lecturas universitarias medievales. Luego se abre una sección de catorce anexos (pp. 275-366), con esquemas, análisis lingüísticos, comparaciones de textos y de diferentes interpretaciones, que complementan diversos puntos mencionados a lo largo del trabajo. En las últimas páginas encontramos la bibliografía (pp. 367-383), que destaca las fuentes utilizadas, y una lista de abreviaturas (pp. 385-387), principalmente de las obras de Tomás. A continuación explicitamos un poco más el desarrollo de este libro.

Con el título “Lectura bíblica y lectura universitaria en Tomás de Aquino”, el capítulo 1 (pp. 31-78) sitúa la lectura tomista de la Biblia en un contexto de vida académica en el que la enseñanza consiste principalmente en la lectura de textos. Esta operación, que se despliega en un siglo enriquecido por una fuerte renovación intelectual, sigue un método bien preciso. En primer lugar, el lector elabora un prólogo que ubica el texto en el conjunto de la Biblia, define su objetivo y hace referencia al autor. Luego accede al texto sagrado por sucesivas divisiones de los capítulos, las cuales posibilitan una mejor percepción de la intención del autor comentado; analiza la letra para alcanzar un texto coherente; investiga el sentido del texto tanto por el esclarecimiento proveniente de la misma Sagrada Escritura, como por el recurso a otras autoridades. Estas características son similares, desde un punto de vista formal, a las que se observan en la lectura de los textos profanos (especialmente de las obras aristotélicas). Pero, al ser una obra inspirada, la Biblia requiere para su comprensión no solamente que se establezca el sentido literal, sino también el sentido espiritual, pues de lo que se trata es de descubrir la intención del autor divino. En todo este proceso se puede apreciar la naturaleza científica y creyente de la lectio y de su fruto, el comentario bíblico.

El capítulo 2, “Lectura bíblica y doctrina sagrada en Tomás de Aquino” (pp. 79-109), muestra el objetivo que el Aquinate atribuye a la lectura bíblica en el ámbito universitario. Tomás no ve en ella solamente un método de comprensión del sentido literal de la Palabra de Dios, sino algo más elevado, a saber, un trabajo de la inteligencia humana que, bajo la luz de la gracia, asimila la ciencia divina al penetrar en el texto inspirado. Esta concepción de la lectio se desprende del carácter específico de la sagrada doctrina. Debido a que es una ciencia subalterna a la sabiduría divina, la sagrada doctrina conoce sus principios a partir de la revelación. Por eso gran parte del capítulo busca, por un lado, considerar en detalle esa peculiar condición de la sagrada doctrina y la fisonomía que adquiere en el pensamiento de Tomás, y por otro, exponer los aspectos antropológicos presupuestos en la captación de sus principios. Con estos datos ya trabajados, se ve que la lectura de la Biblia adquiere un lugar propio en la cientificidad de la teología puesto que, penetrando en las profundidades de la sabiduría divina, participa de ella y constituye así el medio vital para la elaboración de las verdades de la fe.

En el capítulo 3, “El comentario bíblico como prolongación homogénea de la Escritura” (pp. 111-124), Loiseau se detiene en el vínculo del comentario obtenido con el texto comentado, mostrando que Tomás considera el comentario, no como algo paralelo a la Escritura, sino como una continuación de la escucha de Dios a la manera de los escritores bíblicos (obviamente, esto no significa que la Biblia y el comentario tengan la misma autoridad). Desde esta perspectiva, el comentador aparece unido a la fuente de la palabra no solamente a través de una cadena de transmisión doctrinal en la Iglesia, que se remonta al mismo Cristo, sino también en virtud de que el texto, cuyo autor principal está vivo, le habla al lector en su propio presente. Esta idea no es original del Aquinate, sino que se encuentra con sus variantes en la tradición de la lectura bíblica tanto judía como cristiana, en la que el texto sagrado es valorado por mantener una relación viva con el lector. Se resalta, de esta manera, la actualidad permanente de la revelación en el texto bíblico, cuya interpretación en el transcurso del tiempo descubre su infinita potencialidad. Hay que tener en cuenta que el comentario no es la aplicación del texto bíblico a una determinada situación histórica, que el que escucha no se pone por encima del texto sagrado, ni tampoco hace prevalecer su subjetividad sobre el sentido propio de la Escritura, etc. En fin, la exuberante riqueza del texto da la posibilidad de una relectura constante de la Biblia, de una hermenéutica inacabable que descubre nuevas significaciones basándose en la letra del texto.

El capítulo 4, “La forma universitaria de la lectura de Juan 4” (pp. 133-222), confirma que la lectura bíblica de Tomás reviste, en la práctica, las mismas características que la lectura universitaria de los textos profanos. Antes de abordar el pasaje elegido, se detiene en el prólogo y la división del texto de la *Lectura super Ioannem*. El Evangelio de Juan es presentado por Tomás como una unidad literaria con un plan determinado y una materia particular, la divinidad de Cristo. Lo primero permite comprender el orden del texto y dividirlo respetando sus capítulos; lo segundo orienta su interpretación. Seguidamente, examina la diversidad de sentidos en el comentario de Juan 4, advirtiendo que, en vez del tradicional cuádruple sentido, Tomás prefiere una bipartición entre un sentido literal y un sentido místico, expuestos siempre en ese orden y descritos con el binomio carnal-espiritual. Loiseau subraya la diversa comprensión del sentido literal en la exégesis de Tomás y en la exégesis moderna, al tiempo que aclara que el sentido místico, que está contenido en la letra, no es captado inmediatamente. Para manifestarlo es necesaria la luz de la revelación. En efecto, en Juan, los interlocutores de Cristo son conducidos desde una escucha carnal a una espiritual para entender lo que Cristo dice verdaderamente. Este paso no significa el abandono de la letra, pues ella es el camino para alcanzar el corazón del locutor divino. Toda letra de la Escritura es ministro de la presencia de Dios que habla y revela su sabiduría. El exégeta tiene que abrir el tesoro espiritual escondido en ella. Para efectuar el pasaje de la letra al espíritu, de la superficie del texto a su profundidad, Tomás hace uso de tres tipos de autoridades: la Sagrada Escritura a la que conoce bien y que le concede poder hablar bíblicamente, es decir, con la Biblia; los Padres de la Iglesia, principalmente a partir de la valiosísima colección reunida en la *Catena aurea*; la racionalidad filosófica, que a veces llega a constituir la exposición misma del texto bíblico.

El capítulo 5, “El comentario de Juan 4, fundamento de la enseñanza y la predicación” (pp. 223-252), intenta probar cómo el Aquinate toma la palabra científicamente para transmitir la doctrina sagrada apoyado en su propia reflexión bíblica. Para eso estudia la manera en que el *Super Ioannem* y la *Catena* sirven a la argumentación teológica en la *Summa Theologiae* y en los sermones de Tomás, respetando las peculiaridades de sus respectivos géneros. En este contexto, en el que queda de manifiesto que la *lectio* es el principio fundante de las otras dos tareas del doctor medieval: la *disputatio* y la *predicatio*, Loiseau pone de relieve la figura de la Samaritana, que es para Tomás de Aquino modelo de predicación apostólica. El fin y la forma de la predicación se reflejan claramente en ella: alimentada por la escucha atenta de Cristo, anuncia lo necesario para que sus auditores vayan al encuentro del Salvador. Este movimiento de la Samaritana le permite a nuestro autor compararla con el doctor medieval que lee la Escritura. El comentario bíblico es precisamente la escucha inteligente de la palabra de Dios para comprender cómo esta palabra revela la verdad misma que es Cristo. Luego, la dinámica de la transmisión de la doctrina sagrada va de la escucha de la palabra de Dios al anuncio de la palabra del doctor, hasta el encuentro del auditor con Dios.

Finalmente, el capítulo 6, “El comentario de Juan 4 como prolongación homogénea de la revelación en la Escritura” (pp. 253-263), sostiene que el comentador elabora un texto distinto al de la Escritura, cuyo lenguaje está enraizado en ella, pero que afirma otra cosa de lo que la Escritura parece decir inmediatamente. La distinción obedece a tres movimientos que el lector hace alrededor del texto. El primero es la elaboración de una sentencia no bíblica que despliega el texto. El segundo es la clarificación de la letra a través de la reflexión o de una citación bíblica. El tercero es la resolución de una cuestión que se plantea a partir del texto. El primero y el tercero proceden del texto, extraen una significación o una cuestión teológica. El segundo va hacia el texto para mostrar su coherencia y su verdad, para manifestar su inerrancia. El comentario es así una prolongación de la Escritura, pero no cualquier prolongación, sino una que es homogénea, puesto que el lector utiliza la misma Escritura y los Padres en su interpretación. También está la posibilidad de usar con discernimiento las ciencias profanas para explicar el sentido profundo de la Escritura, ya que toda verdad tiene su origen en Dios y está ordenada por naturaleza al conocimiento del verdadero Dios.

Al concluir nuestro recorrido, celebramos con entusiasmo la publicación de este libro que contiene mucho más que un aporte a la historia de la exégesis. La obra de Loiseau descubre el papel esencial que el comentario bíblico tiene en la vocación de Tomás como teólogo. Tanto su actividad docente como su predicación no se entienden sin un profundo anclaje escriturístico mediado por la *lectio*. Esta operación es la que lo lleva a asimilar la palabra de un autor que está vivo y que es actual, y hablar su mismo lenguaje en un texto diferente: el comentario. Loiseau, teniendo como trasfondo el diálogo entre Jesús y la Samaritana, prueba que el modelo de escucha y de palabra es el que anima la lectura tomasiana de la Escritura, la cual se convierte en el terreno que nutre la transmisión de la sagrada doctrina realizada a través de la enseñanza y la predicación. No se trata, como hemos visto, de un ejercicio sencillo, sino que requiere de una capacitación máxima, la misma que le permite a Tomás hablar un lenguaje bíblico, patrístico y filosófico. Lenguajes magistralmente reunidos en el comentario tomasiano puestos al servicio de la inteligencia del texto bíblico. Asimismo, y sin

disminuir en nada el carácter científico de su tesis, Loiseau resalta la dimensión espiritual y creyente de Tomás frente a la Biblia. La lectio universitaria es, por su esencia, el camino seguro que lo conduce a la interioridad divina.

Un aire fresco y vigoroso se percibe cuando nuestro autor, por medio del testimonio medieval de Tomás de Aquino, indica cual es la fuente de la teología y cómo beber de ella, cuál la naturaleza de la Escritura y cómo proceder para su correcta interpretación.

Vale la pena leer este libro.

Juan José Herrera

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino